

los en el automovil, no quería dejarnos partir.

—Tengo un bosquecillo de pinos al otro lado de la casa,—explicó.—Nada mejor que los pinos. Por nada consentiría en que los cortaran. Pueden ustedes acampar allí si les parece. Vayan a echarle una ojeada.

Nuestras vacaciones terminaban, y era preciso regresar; de lo contrario nos habríamos quedado. Pero fuimos a ver y admirar su «bosquecillo»: media docena de viejos árboles, símbolos vivientes de las alegrías de su juventud, que le traían a la memoria frescas alboradas y claras tardes a campo raso. Yo me preguntaba a mí misma si alguno de sus vecinos comprendería lo que para él significaban aquellos pinos. Ninguno, probablemente. Se había espontaneado con nosotros porque podíamos comprenderle. Casi llegó a suplicarnos que nos quedáramos hasta el día siguiente. Y cuando nos instalamos de nuevo en Frankie, permaneció de pie junto al seto, agitando su sombrero a la despedida y repitiendo a Jim:

—Vuelvan ustedes por aquí cuando tomen esta ruta, y quédense todo el tiempo que quieran. *¡Me gusta encontrar personas como ustedes!*

El camino se hacía menos polvoriento a medida que nos alejábamos de la ciudad, más penetrados que nunca de lo que llamamos «la salvación por la alegría». Al hablar de alegría no me refiero a la jovialidad persistente y ostentosa de Polyanna, sino al contento puro, íntimo y sociable que se experimenta al aire libre, y del cual dice John Másefield.

Los días que nos hacen dichosos nos hacen sabios.

Los días que hicieron feliz al viejo caballero en su juventud lo hacían bondadoso para con los extranjeros en su ancianidad.

La salvación por la fe y la salvación por las obras son tan antiguas como el Bhagavadgita; pero la salvación por la alegría, cuya necesidad se dejaba ya sentir por el mismo tiempo, es cosa nueva quizá para algunos graves filósofos, aunque los poetas la hayan comprendido. Jim y yo hemos encontrado personas a quienes no atraía la salvación por la fe ni por las obras, pero que quizá la habrían aceptado por el contento. Una de ellas era cierto pescador que tuvimos oportunidad de conocer.

Le descubrimos a orillas del Willamette Slough, extensión de agua tan indolente como un espíritu aprisionado. Habíamos pasado todo el día deslizándonos lentamente sobre su superficie, en dirección al gran Columbia. A eso de las cinco empezamos a examinar la orilla buscando un sitio donde acampar, hasta que al cabo des-

cubrimos una pequeña y averiada casa flotante, anclada junto a una faja de terreno llano donde crecían algunos árboles. De pronto no vimos al propietario, pero al desembarcar le encontramos detrás de su morada.

Semejante a un brujo de las pasadas edades, de pie al lado de una vasta hoguera destacábase su figura, negra, fantástica, a través del rojo resplandor de las ondeantes llamas. Dos grandes cubos (por el estilo de los de la Standard Oil Company) veíanse cerca del fuego; y de un tercero, colocado en el centro, se escapaba el vapor como del caldero de algún Merlín. El hechicero era un hombre barbudo, de edad mediana y bastante mal vestido. No tenía el aspecto siniestro atribuido a los brujos por quienes han tenido ocasión de conocerlos íntimamente. Al acercarnos observamos que cortaba e iba echando en el caldero trocitos de corteza de naranja, en compañía de un puñado de algo que nos pareció, como era en efecto, especias para sazonar.

—¿Podemos acampar aquí, cerca de su casa, para pasar la noche?—le preguntó Jim.

—Por supuesto,—repuso;—donde ustedes quieran.

Nos pusimos a observar su alquimia, y me picó la curiosidad.

—¿Qué hay en el cubo?

—Agua hirviendo para cocer cangrejos. Yo soy pescador de cangrejos de agua dulce.

Levantó la cubierta de uno de los cubos del costado, y nos mostró centenares de ellos que hormigueaban dentro.

—Mi pesca de hoy,—dijo.—Primero se cogen; después se limpian; luego se cuecen en salmuera con cáscaras de naranja, y se dejan enfriar. En seguida se venden en las fondas de

Portland, por cincuenta centavos la media docena. A los señoritos les gusta mucho este plato. ¿Lo han probado ustedes alguna vez?

Hubimos de confesar que no. A continuación, sentándose en un viejo banco, sacó un cangrejo del cubo, estrujó y arrancó la parte posterior de la bestezuela con brusco movimiento, y la arrojó inerte y flácida en el caldero de agua hirviendo, donde tomó al punto el rojo color de las langostas. Maniobraba tan rápidamente como las mujeres que descortezan las bayas.

—Se limpian y se matan al mismo tiempo,—explicó.

Nos alejamos de su hoguera tan graciosamente como nos fué posible, y encendimos nuestro fuego al alcance de la vista y de la voz del pescador. Puse a hervir una olla de agua con el objeto de cocer una docena de mazorcas de maíz tierno que debían componer nuestra comida. Mientras las despojaba de su envoltura y se cocían, Jim se ocupó en disponer la tienda. Una o dos veces dió la voz al pescador, cambiando con él alegres bromas. Principié a convencerme de que el brujo tenía cierta inclinación natural y no satisfecha por el trato social. Después de observarnos un rato, sacó una docena de buenos cangrejos de la repleta paila donde hervían, y nos los trajo.

—Para su comida,—nos dijo.—Déjenlos enfriar primero.—Y se retiró apresuradamente, no queriendo imponerse a nuestra sociedad.

Cuando nuestro maíz estuvo cocido, Jim le llevó cuatro grandes mazorcas, doradas y calientes, con un poco de manteca, y nuestros cumplimientos. Aceptó el obsequio con placer, pero con cierta cortedad que nos hizo comprender que no estaba acostumbrado a recibirlos. En seguida se sentó al lado de su fuego a comer maíz y cangrejos, mientras nosotros, sentados al lado del nuestro, comíamos cangrejos y maíz. Entre tanto iba obscureciendo, y gradualmente perdimos de vista al hechicero, oculto por la ligera niebla ribereña. Parecía que, mezclando el humo de su hoguera con el vapor que se escapaba del caldero, hubiera levan-

## POR EL ATAJO

Así se titula el reciente libro de poesías de  
**LUIS CARLOS LOPEZ**

Tenemos para la venta 12 ejemplares.  
Su precio: \$ 6-00.

Admor. del REPERTORIO



FABRICANTES - IMPORTADORES

COMERCIO NACIONAL

Nuestro café procede de las más afamadas fincas de la meseta central y tostamos solamente las MEJORES CLASES.